

Corresponsal de París  
Hoja autógrafa diaria

Paris 17 de Junio de 1889.

Servicio de la prensa española

Redac<sup>ión</sup> y Adm<sup>inistración</sup>:  
87 y 19 rue Maubeuge  
Paris.

## Suplemento

Sumario. - "Las Visitas" (bocetos) por  
F. Hostench (continua<sup>ción</sup>.) = "Un drama en tiempo  
de Catalina II" (continua<sup>ción</sup>.) = "Excepción" (poe-  
sia) por J. M. Bartrina.

### Las visitas.

- bocetos -  
(continuación)

±

- ¿Quién llamará tan bestialmente?

- El casero, - manifestó la criada, que en aquel instante apareció en el umbral de la puerta.

Doña Dolores - que así se llamaba mi buena amiga - al oír esto perdió la calma y con ella los colores de su rostro, que eran todavía agradables, pues no contaba más allá de 39 años; que cuando tan atónita y confusa que comprendiendo yo la violenta situación en que se hallaba, hice además de despedirme, mas ella se repuso, diciéndome:

- Vaya que visita más importuna! - y dirigiéndose a la criada, añadió: - dile que yo le mandaré a su casa el importe del trimestre esta misma tarde.

Esta escena, tan inesperada para mí, me hizo reflexionar por espacio de algun tiempo sobre los apuros de aquella honrada familia y las intempestivas visitas de los caseros.

+ +

Un caballero, con cuya amistad me envanozco y cuyo nombre no quiero sacar a luz, me refirió no hace mucho tiempo el afán de hacer visitas que tiene don Celedonio, persona a quien no tenía el gusto de conocer todavía.

- ¿Por qué no se niega V. a recibirle? - le repliqué.

- Porque es el médico de casa.

- Ah! Dispense V., amigo mío; ignoraba esto y que tuviera

V. necesidad de acudir a la ciencia de Hipócrates.

— No me visita a mí precisamente, pues, gracias a la fuerza y disfruto de buena salud; pero tengo una sobriñita a quien V. no conoce aun, que necesita de la medicina tan pesados algunos facultativos, que si pueden hacer tres visitas al día, no hacen dos. Es mucho este afán de visitar.

— Yo sí que no puedo decir esto. En toda regla hay uno y a mí me ha tocado una de ellas. Cuando yo necesito al médico le mando llamar; y como pasan después algunos días sin que yo voy a visitarle a él en justa correspondencia.

— ¿Y quién es ese médico tan magnánimo, tan generoso? Dice V. que le manda llamar cuando le necesita, y como no se acerca más a su casa, a los dos días le paga V. la visita, Devolvíendosela. Pero esto no puede hacerse cuando la enfermedad es grave.

— Ni yo le aconsejo a V. que lo haga, tratándose de mi sobriñita, que necesitará de los mayores cuidados.

+ +

El que tiene amistades, se encuentra a cada paso en compromisos imposibles de eludir.

Viene uno de una boda o bautizo, y se encuentra en su casa, como yo me encontré el otro día, una esquela mortuoria. Es preciso cumplir con todos, con los que vienen y con los que se van; y ya me tienen Vd. dispuesto a rendir un recuerdo al amigo y una atención a su afligida familia.

— Estas visitas de pesame no me gustan, soy franco, por que eso de penetrar en una sola ocupada toda por personas enlutadas, que el que no llora tiene la cara enrojida en señal de sentimiento; y esto de oír lamentos y ayes cada dos segundos, me ponen de mal humor y me afectan de tal manera, que procuro cumplir (del mejor modo posible, sin dar tiempo a que al interior de mi alma lleguen las melancólicas notas de tan triste despedida.

+ +

— Vengo a dar a V. los días, — dice un amigo a otro, cuando este celebra su santo.

— Gracias, mil y mil gracias, — contesta el segundo. — Hoy es un día de satisfacciones para mí y he dispuesto q.º dejen la puerta abierta por que el sonido de la campanilla me ataca los nervios. Las visitas se suceden sin cesar... ¡Adios, Anacleto!... Perico, tú por aquí!... ¡Hola, Anselmo!... Ricardo!... ¡Paco!... Ceferino!... Sentáos todos, sin cumplimiento. Hoy no quepo en mí de gozo; no os extrañe; el año pasado estuve ausente de vuestro lado... Mirad: ved los cientos de tarjetas q.º he recibido. Esto es un gran adelanto, amigos míos, y una economía al propio tiempo. ¡Por oculo ó diez reales cien visitas!

+ +

(Se concluirá)

agua, que habia crecido prodigiosamente durante la noche.

Transcurrió una hora. La tempestad seguía en aumento, y la infeliz vio que el Neva agitaba sus tumultuosas olas, arrastrando en su carrera multitud de objetos arrancados a la orilla. Alina comprendió que habia llegado su última hora. Al cabo de algunos minutos no tuvo valor para mirar por la reja, se acurrucó en un rincón de su calabozo y se puso a rezar silenciosamente, mientras que gruesas lágrimas corrían a lo largo de sus adelgazadas mejillas. El Neva seguía creciendo. Las aguas llegaban a la altura de la ventana de Alina. Enormes maderos, arrastrados por la corriente, chocaban contra los muros, produciendo un siniestro rumor, y a los pocos instantes la aventurera vio que el río invadía la prision. Entonces pudo calcular Alina el tiempo que le quedaba de vida....

En aquel momento su mirada penetró en el pasado. Todos sus sueños se agitaron en su cerebro; y tuvo una especie de pesadilla en la que entrevió las alegrías, los esplendores y las satisfacciones de su existencia anterior.

De pronto experimentó una sensación de frío, se inclinó, quiso tocar el suelo y notó la presencia del agua.

Entonces se levantó y trató de mudar de sitio. La corriente habia empezado a invadir la prision y no cabía duda de que, al menor esfuerzo del río, las olas debían destruir la ventana, precipitándose tumultuosamente en el calabozo e inundándolo por completo.

Alina se puso a correr como una loca pidiendo auxilio, lanzando espantosos gritos y golpeando las paredes como si tratara de derribarlas. Un acceso de tos le obligó a dejarse caer en un extremo de la prision. La infeliz perdió el conocimiento, y cuando volvió en sí era juguete de las olas.

Un enorme madero se estrelló al fin contra la ventana, y el Neva se precipitó como un torrente en el calabozo.

Alina tuvo apenas tiempo para asirse de las barras de la destruida reja.

Sobre el madero se hallaba un hombre cuyas fuerzas estaban casi agotadas, y que no hacía más que débiles esfuerzos para resistir a la corriente.

Alina vio el rostro de aquel hombre y lanzó un grito terrible; habia reconocido a su esposo.

Nicolás vio también a Alina, y creyendo que era un espectro vengador quiso ocultarse tras del madero; pero sus fuerzas estaban agotadas y fue arrastrado por el remolino a lo largo del muro.

(Se continuará.)

## Un Drama en tiempo

De Catalina II.

(Novela, por el príncipe Lubomirski.)

=

(Continuación.)

Así transcurrieron tres años. Llegó al fin el otoño de 1777; un otoño lluvioso y lleno de huracanes y borrascas. Veíanse constantemente en el cielo densas nubes que velaban la luz y convertían el día en una noche triste y amenazadora. El Neva, removido hasta el fondo, tenía de vez en cuando accesos de cólera que le hacían tomar el aspecto de un encespado mar, y sus olas se estrellaban rugiendo contra los muelles de granito entre los cuales corre encajonado. El viento tenía entonaciones lúgubres, parecidas a las lamentaciones de un moribundo. Un vapor frío llenaba el calabozo, y Alina pisaba un barro negro y resbaladizo.

La pobre mujer estaba tan débil, que apenas podía sostenerse. Pasaba los días y las noches sentada en su lecho, y no se atrevía a abrir la ventana para mirar al exterior, porque al instante un insoportable viento glacial helaba todos sus miembros. Alina no abrigaba ya la más remota esperanza. Había ofendido a Catalina, y sabía que Catalina era implacable. Su enfermedad había aumentado en medio de aquella atmósfera, y violentos ataques de tos agitaban de continuo su débil y debilitado cuerpo.

Aquella agonía lenta, silenciosa y solitaria era espantosa.

En medio del silencio y de las tinieblas que la rodeaban, Alina veía pasar por su imaginación todas las peripecias de su vida de aventuras. Pensaba en sus sueños de ambición y de grandera, en sus perdidas esperanzas, recordaba los juramentos que le habían hecho, sus horas de amor y sus espasmos de fastidio y de disgusto.

Pero un pensamiento más terrible que los otros causaba aun mayores sufrimientos a la desdichada mujer: el recuerdo de la traición de Orloff, en la que apenas creía a pesar de las afirmaciones de Catalina.

Una mañana, después de haber dormido casi tranquilamente, se despertó sobresaltada por un ruido extraordinario. Las aguas del Neva arrotaban las paredes del calabozo con una violencia estremada, y se oían los rugidos del viento y de las olas...

Alina se levantó precipitadamente y corrió hacia la ventana. Aun reinaba alguna oscuridad, y no pudo ver nada; pero sacó una mano por la reja y la estremidad de sus dedos tocó el

## Excepcion.

≠

Nada muere en el mundo. El movimiento  
transformase en calor, luz ó sonido;  
la materia es eterna:  
cuanto es tambien será, tambien ha sido.

Al esconder el sol sus resplandores  
no se pierde la luz con que ilumina;  
transformase en matices en las flores,  
en imágenes mil en la retina.

El carbon que da el gas á las ciudades  
y el fuego á la veloz locomotora,  
fue bosque en remotísimas edades,  
y es la luz que en sí encierra  
y nos devuelve ahora  
la luz del sol que le alumbró en la tierra.

Sobre el mar la gaviota se desliza  
y el agua con sus aguas débil liere,  
y aquella ondulacion con que el mar riza  
no espimera allí muere:  
que en las lejanas playas se confunde  
con las que causa el barco que se hunde.

Solo en el mundo la memoria humana  
es fuerza que sueña,  
y del yo nada queda en pos la tumba!

El hombre al hombre olvida,  
si le es indiferente, cuando muere,  
y si le debe algun favor, en vida.

J. M. Bartrina

Corresponsal de París  
Hoja autógrafa diaria

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón  
19 rue Tramboulay  
París.

Año V - N.º 746.

París 17 de Julio de 1889.

### La situación.

Todo el mundo se pregunta que cuando va a terminar la huelga de los cocheros.

A este propósito, uno de los más ilustrados publicistas de París, Mr. Henri Maret, publica un excelente artículo, en el cual se leen algunas juiciosas observaciones que no titubearíamos en reproducir íntegramente en nuestra correspondencia si nos sobrara espacio para ello. Compiéramos explicando con gran claridad de criterio como todo el mal que sufren las sociedades modernas nace del hecho incontestable de no saber ellas tomar su punto de entre la Autoridad y la libertad.

"Tomemos - dice - el actual ejemplo de la huelga de los cocheros. Si la libertad absoluta existiera, es decir, si no hubiera lo que se llama autorización, no habría más patente, ni más tarifa, ni más reglamentación; todo quedaría sencillamente entregado a la merced de la concurrencia, y, en este momento, no nos veríamos condenados a ver en plena Exposición universal nuestra gran ciudad privada de medio de locomoción, por la razón sencillísima de que, desde el momento en que se veía un medio legítimo, un medio asequible a todos para ganar dinero, todo aquel que posee un carruaje y un caballo afluiría a los puntos donde son llamados, y el servicio quedaría desde este momento asegurado."

¿Veda, en efecto, más justo en el fondo.

¿Es que, por ventura, el fiacre, el coche de plaza o como quieran llamarle nuestros lectores, constituye una de las instituciones necesarias de la Democracia?

¿Queremos si esta clase de carruajes existe actualmente en los Estados Unidos - país que puede citarse, en muchas cosas, como modelo - lo que podemos asegurar por referencias de personas que han estado en New-York, es que el

de aquella clase de vehículos, era, no hace aun muchos años, poco menos que desconocido. En cambio, aparte del Metropolitan (ferro-carril) aéreo y de los innumerables tranvías que surcaban las grandes vías, veíase constantemente en las calles de la capital yankee largas filas de ómnibus de todas formas y de todos colores, llamando a grandes gritos los transeuntes. Gracias a la libertad absoluta del transporte en común y a la ausencia de todo monopolio parecido al que goza en Paris la Compañía general de ómnibus, la usanza de los coches de plaza, vulgo fiacres, no perjudica en lo más mínimo la actividad prodigiosa de la gran ciudad norteamericana.

"Si no queréis la libertad absoluta - exclama aun Mr. Louis Maret - aceptad la intervención absoluta." Pero aquí la intervención absoluta concluye por transformar el servicio de fiacres en servicio público. Es precisamente lo que piden los colectivistas.

La lucha, como se ve, continúa siendo la misma entre las dos antiguas teorías, es decir, entre la teoría liberal o individualista y la teoría autoritaria o colectivista. ¿Por cuál de ellas se decidirá, al fin, la Democracia?

Entretanto, cabe preguntarse si la proclamación de los derechos del hombre, si la Democracia, si la libertad, si la República tienden a llegar, en el antiguo como en el nuevo mundo, a un estado de servidumbre que ni siquiera ofrece a las generaciones modernas las garantías que ofrecía antiguamente la misma esclavitud. Algunos financieros, algunos industriales, algunos especuladores son los verdaderos reyes del universo; la humanidad entera no vive sino por ellos y para ellos y no trabaja más que para enriquecerlos; la estatua del monopolio y del acaparamiento extiende su sombra por el mundo; el Despotismo absoluto del dinero sucede al despotismo absoluto de los reyes de derecho divino y de los Césares afortunados...; y es en esta negra noche de injusticia, donde debe abismarse la evolución cuya espléndida aurora celebra en estos momentos la nación francesa con las fiestas de su glorioso centenario?

Esta huelga de los cocheros, recordándonos el escándalo del abusivo privilegio de monopolio y acaparamiento de que goza la Compañía general de ómnibus - como tantas otras sociedades y establecimientos que sería largo enumerar - ha sugerido las precedentes consideraciones. Ellas constituyen un verdadero problema social, del que debieran de ser

Paris 17 Junio 1889.

253.

pararse y preocuparse todos los hombres pensadores, y, en especial, aquellos que, en este como en los demás países, ejercen la sagrada misión de legisladores.

Por Desgracia, aquí, como en Italia, como en España, como en tantas otras naciones donde el espíritu práctico de las necesidades sociales no se ha desarrollado todavía con la rapidez que reclaman las exigencias de la época, se prefiere discursar aun sobre cuestiones secundarias y convertir, por ejemplo, la Cámara en Concilio para tratar asuntos sin provecho, esperando negligentemente que la acción del tiempo venga a imponer lo que buenamente podría obtenerse por medio de pausadas pero seguras y saludables reformas.

Los ferro-carriles serbios. - Según telegrafiam de Semlin (Serbia) el entusiasmo que por lo general se había manifestado por parte de la población serbia a propósito del acto llevado a cabo por el gobierno apoderándose de la dirección y administración de los ferro-carriles, parece que empieza a calmarse, siendo particularmente de notar que quienes se muestran ahora menos satisfechos del cambio son los empleados del país a quienes se ha encomendado el servicio de la línea por lo mismo que comprenden su gran responsabilidad y a lo que se exponen por efecto de su inexpiriencia.

Un periódico radical de Belgrado, muy señalado por sus exageraciones de lenguaje, pide que se despidan sin consideración ninguna a todos los extranjeros a quienes la administración o la voz pública acusa de concusarios; pero que se conserve provisionalmente a los extranjeros reconocidamente honrados hasta que los nuevos empleados indígenas hayan adquirido la suficiente capacidad para reemplazarlos.

El mismo periódico invita al gobierno a introducir una disciplina severa en el personal del ferro-carril a fin de evitar los reproches que han provocado - dice - el despidido de la Compañía francesa.

El "Grand Prix" de París. - Se ha descrito tantas veces la fisonomía que presenta esta capital el día en que se corre el Grand Prix en el hipódromo de Longchamps, que no podemos más que repetir lo que nuestros lectores se saben ya de memoria si quisieran dar una idea del espectáculo que ofrecía ayer París con motivo de la celebración de aquella



importante fiesta lúpica.

Digamos, sin embargo, que este año la inmensa afluencia de forasteros llegados con motivo de la Exposición, la diversidad de trajes en la fabulosa concurrencia, la brillantemente excepcional de las ricas toilettes, esculpidas, todo esto añadió una nota singularísima de extraordinario esplendor, que únicamente puede traducirse diciendo que jamás se había visto en París un Grand Prix que tuviera tanto éxito en todos los imaginables conceptos.

Para que la fiesta acabara de ser un triunfo completo y para que tuviera por ello solo algo de excepcional bajo otro punto de vista, no faltaba más que una doble circunstancia y ésta también se presentó con la mayor docilidad como para que la solemnidad lúpica tuviera para los parisenses el carácter de un verdadero acontecimiento. El caballo favorito de la jornada, May-Pole, es decir, aquel en favor del cual los bookmakers habían provocado el movimiento de las apuestas, aquel cuyo triunfo anticipado habían estado proclamando a voz en grito cuantos se decían o se dicen aquí inteligentes en el arte del sport, quedó vencido, pero vencido ignominiosamente, quedándose el penúltimo en la carrera; y en cambio el caballo Vasistas, de cual nadie se había acordado, que todo el mundo desdenaba y que había sido colocado por esos mismos inteligentes entre los non placés como aquí se dice en el idioma convencional y bárbaro del turf, obtuvo una brillantísima, una excepcional y, sobre todo, una inesperada victoria. — Pasado el primer momento de estupor que este triunfo del Vasistas produjo en la inmensa concurrencia, todo el mundo se dio en celebrarlo porque, perteneciendo el alazán a un propietario francés, M. Delamarre, su victoria venía a romper la tradición seguida sin interrupción desde que el Grand Prix fue fundado en 1853, en cuya virtud ni los caballos franceses ni los ingleses habían alcanzado jamás el referido premio más de dos años consecutivos. En 1887 y 1888 franceses eran los caballos los caballos victoriosos. Esto explica que todas las apuestas se dirigieran este año a favor del inglés May-Pole. — Valerán, ahora, nuestros lectores como el patriotismo de los franceses habrá quedado halagado con el inesperado triunfo del poulain de M. Delamarre.

El presidente de la República y Jules Carnot asistieron a las carreras. Los mismos cocheros, como excepción o, mejor dicho como tréguera, abandonaron sus reclamaciones y se pusieron a la disposición de la Compañía para el servicio del público. La fiesta no pudo ser completa.